

La carta europeísta

EDITORIAL DE LA VANGUARDIA - 13/02/2005

Es en Barcelona donde me convertí en europeo". Esta frase, de uno de los protagonistas de *L'Auberge espagnole* -la película francesa que narra la experiencia en la capital catalana de un grupo de jóvenes universitarios europeos acogidos al programa Erasmus- fue evocada anteanoche por el presidente Chirac en el acto por el sí al referéndum de la Constitución europea del próximo domingo. El presidente francés, en compañía de Rodríguez Zapatero y Pasqual Maragall, resumía así el espíritu europeísta que anida en Catalunya y que desde sus orígenes -la Marca Hispánica- ha constituido una de sus señas de identidad. "Ninguna tierra gana a Catalunya en vocación europeísta", corroboró el presidente Zapatero. Y ofreció un dato: 170.000 jóvenes catalanes y españoles se han beneficiado desde la adhesión (1986) de estas becas, creadas para fomentar la ciudadanía europea, en universidades del resto de Europa.

Catalunya y el conjunto de España, que se sumaron tardíamente al proceso de construcción europea, serán las primeras en pronunciarse sobre el tratado por el que se establece una Constitución para Europa. El referéndum español, en palabras de Chirac, mostrará el camino y dará ejemplo, es decir, marcará tendencia en otros países de la Unión Europea. No es casualidad que el presidente de la República francesa, de ideología distinta a la de Zapatero, se sumase al acto barcelonés. En Francia, donde se celebrará la consulta antes del verano, crece el temor ante el llamado escenario Maastricht: el referéndum de 1992 en el que el sí partía con ventaja, pero que el entonces presidente Mitterrand ganó por la mínima (51%). Y es que los debates de política interior y los cálculos partidistas, en un país donde existe una explosiva mezcla de antieuropeísmo y de euroescepticismo que va desde la ultraderecha a la extrema izquierda, pueden también ahora pasar factura a cuenta de la construcción europea.

Es oportuno recordar, en este contexto, una advertencia de Lionel Jospin en vísperas del referéndum interno del PS francés: "Decir no a Europa por motivos

de política interior sería un contrasentido. No convirtamos a Europa en un chivo expiatorio". El derrotado rival de Chirac en las presidenciales subrayaba así que la aprobación de la carta europea no es una cuestión de partido; es el instrumento político necesario para que la UE ampliada de los Veinticinco no derive sólo en un libre mercado y pueda pesar en el mundo globalizado.

El president Maragall, en sintonía con la divisa de Europa -Unida en la diversidad-, recordó que la cultura y lengua catalanas son europeas: "De una Europa que, en palabras de George Steiner, morirá si no lucha por sus lenguas, sus tradiciones locales y sus autonomías sociales". Zapatero, que ha impulsado el memorándum lingüístico, recordó que la Constitución permite conjugar la identidad común europea con la identidad propia, en línea con uno de sus objetivos: el respeto de la riqueza de la diversidad cultural y lingüística. "También del catalán, dentro de poco", aseguró. De no ser así, en la peor hipótesis, los ciudadanos podrían acogerse a la iniciativa popular, que introduce el tratado, para reclamar un acto jurídico de la UE en aplicación de ese principio.

He aquí, por extensión, la gran novedad que introduce la Constitución: una UE con personalidad jurídica y una carta de derechos fundamentales de sus ciudadanos, que se inicia con toda una declaración de principios: "Los pueblos de Europa, al crear entre sí una unión cada vez más estrecha, han decidido compartir un futuro pacífico basado en valores comunes". La ciudadanía europea, que se añade a la nacional sin sustituirla, representa la culminación del proceso de superación de las guerras y dictaduras intraeuropeas y su sustitución por un modelo compartido de libertad política y progreso económico y social. La soberanía y los estados-nación ya no son lo que eran, en palabras de Zapatero. Un marco de interdependencias, en suma, con moneda común (zona euro) y sin fronteras interiores (espacio Schengen).

Esta Constitución es el común denominador que se dan los europeos y no puede confundirse con el programa máximo de un partido. Inscribe, sin embargo, los principios del modelo social europeo: desarrollo sostenible, economía social de mercado tendente al pleno empleo, combate contra la exclusión, no discriminación, igualdad entre hombres y mujeres, derechos del niño,

solidaridad entre generaciones o protagonismo de los agentes sociales (la Confederación Europea de Sindicatos, que agrupa a 60 millones de trabajadores, la apoya). En resumen: una Europa más eficaz y democrática, de puertas dentro, y una política exterior y de seguridad común reforzada para participar con capacidad propia y en defensa de sus valores e intereses en la esfera multipolar.

La respuesta de la ciudadanía

Es desde esta perspectiva, sopesando todos los factores en escena, que la ciudadanía catalana y española está llamada a responder el 20 de febrero en el referéndum europeo. Justo 24 años después del fallido golpe de Estado del 23-F de 1981. Sirva esta referencia histórica para valorar en su justa medida los 19 años de presencia activa en Europa: han representado la consolidación definitiva de la democracia y la inserción en el espacio comunitario, con un progreso socioeconómico y un caudal de solidaridad europea (una media anual del 0,8% del PIB español) sin parangón en nuestra historia.

Es cierto, como recoge el sondeo que hoy publicamos, que el grado de conocimiento de la carta constitucional es escaso: tres de cada cuatro encuestados se declaran aún poco o nada informados. Corresponde a las fuerzas políticas aprovechar el final de campaña para incidir más en los aspectos de explicación sin contaminar el debate con querellas domésticas. La ventaja del sí parece asentada, pero la incógnita sigue siendo la participación que, a tenor del desfase entre la estimación y la realidad de las últimas europeas, puede estar incluso por debajo (45%). Pero es verdad también que la ciudadanía, que ha dado sobradas muestras de madurez democrática, sabe que Europa sigue siendo la solución y no el problema... Para nosotros y para 450 millones de conciudadanos.